



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Arturo Pérez • Porfirio Díaz • Érika Rivero • Vilma Tapia • Gonzalo Rojas • Gabriela Taborga • Jostein Gaarder
Federico Blanco • Jesús Urzagasti • Juan Camerón • Lupe Cajías • Cristóbal Colón

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 584 Oruro, domingo 11 de octubre de 2015





Erasmio Zarzuela
Achocalla. Acuarela de 10 x 25 cm

Sabiduría

Nadie puede ser sabio sin haber leído por lo menos una hora al día, sin tener biblioteca por modesta que sea, sin maestros a los que respetar, sin ser lo bastante humilde para formular preguntas y atender con provecho las respuestas... Procurando que nunca se diga de él lo que Sócrates dijo de Eutidemo, aplicable a muchos de nuestros de nuestros compatriotas: Nunca me preocupé de tener un maestro sabio, sino que me he pasado la vida procurando no sólo no aprender nada de nadie, sino también alardeando de ello.

Arturo Pérez-Reverte en: *Hombres buenos*.



El piano

- Viejo frac de armonías del piano.
- Cuando Beethoven se asomó a las teclas ya estaba la luna en el piano.
- Piano castigado de pie es el piano vertical.
- Beethoven ha debido presidir el suicidio de José Asunción Silva.
- Mano de colibrí la tuya para los trémolos de Liszt.
- Cuando Chopin tocó "La Polonesa" el piano quiso convertirse en cañón.
- ¿Y, en homenaje a los trinos, por qué no se colocarán pianos en los árboles?
- ¡Ah, esos pianos exhumados de las chicherías! ...
- No asomes mucho tu corazón al piano. Es brujo.
- Aprendices de piano: -Nota suelta no tiene vuelta.
- Cuando Roncal tocaba una de sus cuecas, el piano se inclinaba a la izquierda.
- Al piano no se le ama en "escala nacional" sino en escala mayor...
- Las ranas tienen un piano oculto en la charca.

Hospital

- Hospitales: ¡Ah, ese atraco alevoso del éter! ...
- Ventas en el brazo: una primera comunión con trauma.
- Dentro del corazón debería estar el hospital de niños.
- Tuberculoso: -Me aflige tu enfermedad de luna en los pulmones.
- En la sala de operaciones la vidriera de los instrumentos tienen muchos ardenidos de metal.
- -¡Doctor, se ha llenado de hojas muertas mi sangre! ¿Quién me cura el otoño?
- El gemido es la canción de los hospitales.
- ¡Qué largos los caminos para quienes se fracturan los pies!
- Una monja de hospital: una golondrina a la orilla de una herida.
- Un enfermo ansioso a la enfermera: -Abra usted la puerta, es la salud que quiere entrar...
- -¿En qué repliegue de mis vísceras está la Muerte?
- Algodón: magnolia de los hospitales.

Porfirio Díaz Machicao. La Paz, 1909-1981.
Historiador e intelectual polifacético.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

De yatiris, misticismo y política en "Catre de Fierro" de Alison Spedding

* Erika J. Rivera

No hay duda de que la novela sociológica y antropológica de Alison Spedding, titulada *Catre de fierro* (La Paz: Plural, 2015; 460 pp.), despierta un gran interés histórico. Como un tejido de telaraña se entrecruzan varias temáticas ya articuladas anteriormente por la *Religión en los Andes* —como se llama otro libro de la autora—, en el cual son tratados temas similares. *Catre de Fierro* se despliega en 12 capítulos. Esta obra se inicia con el primer capítulo denominado "El agenciador de kuchus": "Todo se debe al Matías Mallku", personaje que silenciosamente atravesará la trama articulando tiempo y espacio, estratos sociales y la propia historia. Este personaje que representa al yatiri andino se sostiene coherentemente a lo largo de décadas en la novela porque su fundamento es el misticismo en la religión de los Andes.

Alison Spedding acertadamente escoge un aparapita como el personaje central de este primer capítulo y elige el Mercado Rodríguez y también el mes de agosto; articulación coherente de tiempo y espacio en el ciclo religioso andino. Pero también nos introduce a la problemática de la inmigración: de Inquisivi al corazón de la ciudad de La Paz, a la médula del problema. La construcción social de la que está hecha esta ciudad es similar al tejido social que conforma la religiosidad andina. La ventaja técnica, que simplifica la lectura de esta obra, es que posee un amplio glosario. Por lo tanto el recorrido de los espacios geográficos y los distintos estratos no afectan la comprensión de la misma. Del Mercado Rodríguez pasamos a la avenida 20 de Octubre, del aparapita a los ingenieros, pero entrelazados por la secuencia mística. Ya no importa la cantidad de páginas a leer porque quedamos atrapados en la lectura con expectativa y hasta tenebrosidad, con asombro, y la inevitable incertidumbre entre ficción y realidad.

Spedding construye personajes ficticios que encarnan una cruda realidad. De la oscuridad salen a luz prácticas tenebrosas que elegantemente llamamos misticismo porque toda esta temática va más allá de nuestras construcciones racionales. Sin embargo son prácticas usuales no solo en uno sino en muchos estratos de nuestra sociedad. Esta novela combina el trabajo de campo antropológico con la ficción. Por esta razón Spedding elabora un personaje que encarna las funciones de la observación exacta. Nemesio no está exento de la religiosidad, ni de la idea de justicia distributiva o retributiva. El protagonista nos atrapa literariamente: tratamos de intuir el final, atravesados por una perturbadora moralina: ¿En manos de quién está la vida y la muerte? Para continuar preguntándonos: ¿es creencia andina o asesinato? Tal vez la autora trata de mostrarnos la dura realidad de una religión que se ha transformado en instrumento para otros fines.

El agente de chukos (Nemesio) refleja los deseos, los anhelos, los sueños de un inmigrante para perderse en distintos sentidos en

las frías calles del Mercado Rodríguez, Sopocachi y la Ceja de El Alto, sumergiéndose en la codicia y supervivencia sin importarle los medios para llegar a un objetivo. Encarna el sujeto moderno expulsado de un mundo seguro y comunitario, porque la novela nos muestra que ese mundo lamentablemente ya no existe ni siquiera en el ámbito rural. Entonces el protagonista se encuentra envuelto en lo más frío y cruel de esta ciudad; los marginados, los nadie, los que ya ni siquiera tienen el derecho a la vida.

Una perturbadora curiosidad y hasta morbosidad nos lleva a interpelar la razón encubierta en *Catre de fierro* ¿Será la esencia de

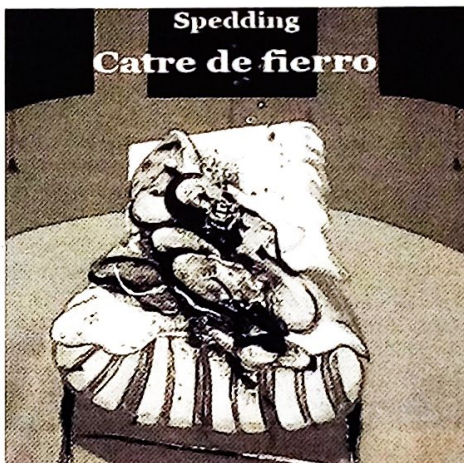
pastora de ovejas de Saxrani, en el suegro y la suegra de Nemesio, en el yuqalla Diógenes de Locotani. En fin, cuando de dinero se trata no hay límites, no importa si se es urbano o provinciano. Y con toda naturalidad Spedding nos presenta en este capítulo a los personajes que representan el movimiento de tiempo y espacio histórico en el país, o por lo menos en una parte de occidente. La novela se desenvuelve en Inquisivi como eje neurálgico del movimiento geográfico entre La Paz, Oruro y Cochabamba. También nos habla de Frutillani, Naranjani, Warmi Jiwata, Suri y la fiesta de San Andrés el 30 de noviembre. Podemos observar la construc-

Casi siempre los protagonistas interactúan con otros Veizaga, que no son estrictamente de la misma familia. Así se consolidan los complejos, traumas y rencores que se arrastran décadas y hasta siglos, porque cuando se trata de explicar el origen de la tierra y el derecho propietario se recurre al mito que evoca la llegada de los españoles. Pero la novela no se queda ahí; también nos relata cómo la comunidad se va reconstituyendo para trasladarse al área urbana. También podemos comprender el origen del narcotráfico consolidado en el contexto del Chapare y sobre todo las raíces de los grandes capitales que hoy rotan en el comercio de línea blanca y el contrabando.

Es interesante como la estructura familiar con sus conflictos individuales y privados refleja los diversos procesos sociohistóricos, políticos y económicos en el país, articulando las distintas lecturas que se han realizado hasta el momento por las ciencias sociales. Novela compleja, pero a la vez sencilla que nos muestra problemas de género. Todo ello que nos permite pensar irónicamente sobre posiciones aparentemente feministas, pero que de igual modo reproducen y consolidan prácticas patriarcales y patrilineales. Considero que a pesar de que la novela cuenta una trama familiar y privada, esta también nos permite una mirada crítica a las instituciones del Estado. Por esta razón esta obra es la continuación de una investigación etnográfica de la misma autora acerca del sistema carcelario, publicada bajo el título: *La segunda vez como farsa. Etnografía de una cárcel de mujeres en Bolivia* (La Paz: Mamahuaco, 2008).

Finalmente, Alison Spedding nos presenta una obra perfectamente articulada para la comprensión de lo boliviano para los bolivianos. Por su gran habilidad de representación geográfica e histórica, una persona ajena a nuestro contexto también podría entender este texto literario. Pero quien mejor que nosotros mismos para reflexionar sobre nuestros complejos y traumas y para hacer posible la superación de nuestras patologías. El gran logro de Spedding es llevar los resultados de sus estudios de campo (a través de herramientas etnográficas) a un gran relato crítico que se sitúa entre realidad y ficción. Al final la realidad contada, así sea exagerada como instrumento literario, nos permite tomar conciencia de acontecimientos acaecidos en el país. Entendemos, por ejemplo, que todo está en movimiento y que se transforma constantemente. Fuimos, seremos y somos es la lección de esta novela.

* Érika Rivera. La Paz.
Escritora y abogada



lo que somos? ¿La constitución de lo andino? Intuiciones inciertas nos conducen a desentender esta terrible telaraña. Por ejemplo en la página 13, encontramos el siguiente diálogo: "Rézate tres Padrenuestros, tres Ave Marías y pedile perdón. Esteban se llama. Pirtumitay, Tata Esteban. Nayax jan juch'aitti, jupax juch'aniwa. Uka wiraxucha juch'aniwa. Jupapiniwa jiwañamaw munixa... ya... Ahora cargalo y nos vamos — Sayt'aspan, sayt'aspan, jaya mara sayt'aspanay. Sum katimtaspayá —diciendo y se sirvió seco" (Perdónname, Don Esteban, yo no tengo la culpa, ellos tienen la culpa. Ese caballero tiene la culpa, él siempre quiere tu muerte. Que se pare, que se pare, que pare durante muchos años. Que se reciba bien).

Spedding cierra el primer capítulo con un movimiento geográfico urbano, desde la zona Sur hasta El Alto, para trasladarnos con una descripción minuciosamente geográfica y provincial para establecer la trama del próximo acápite en la vida rural.

El segundo capítulo aborda las miserias humanas que también existen en el mundo rural. Un notable mérito de la novela es mostrar los vínculos cada vez más estrechos y más problemáticos entre la esfera agraria y el mundo urbano. La superposición de dos ámbitos y el triunfo de lo cuantitativo sobre lo cualitativo son expresados en Justina, la

ciudad y recreación de un sin fin de localidades fantasmas que cobran vida y fuerza en el contexto de la novela.

En los siguientes capítulos nos toca desenredar la telaraña y armar el rompecabezas de los personajes porque todos representan un papel en la historia del país. Magistralmente los personajes son puestos en escena para exhibir una curiosa mirada del presente, pero desde el pasado. Entonces empezamos a comprender la urbe con orígenes rurales, y recordamos que la constitución de las grandes ciudades emerge de un pasado agrario-rural y que ni siquiera los hacendados se salvan de ello. La novela contiene severas críticas a prácticas incestuosas. Es evidente que Alison Spedding puso en práctica su *Breve curso de parentesco* (La Paz: Mamahuaco, 2003), libro en el que investiga a profundidad las relaciones de la descendencia andina. Retornando a la novela, podemos percibir un movimiento histórico singular, relacionado a la hacienda, lo que nos permite retroceder en la historia mucho antes de la Revolución de 1952 y la Reforma Agraria, y por ello nos damos cuenta de los procesos de aparente transformación que se van reproduciendo y repitiendo circularmente con el simple cambio de la traslación geográfica. Los personajes nunca se reconocen entre sí, pese a que todo gira en torno a la familia Veizaga.

Cantos para re-susitar al cuerpo deseado

* Vilma Tapia

Al parecer, el único cuerpo existente en este vasto mundo es el de la mujer. Es el cuerpo del que se habla, del que se comenta, es el cuerpo al que se critica, es el cuerpo al que se le da consejos para mantenerse sano y bello, es el cuerpo que se mira, que se mide. Es el cuerpo que se persigue, que se conquista, que se desea. Y este cuerpo femenino transita por el mundo vestido de encajes o sin ellos, con tacones altos o descalzo, con la boca pintada o sin pintura, con la boca hambrienta o saciada. Va pequeño, frágil, lozano, va rollizo, turgente. Va marcado por el tiempo, va con su olor o con el aroma del perfume prestado. Va con pollera, con pantalón, con un fino vestido, con uniforme. Lleva un atado a cuestas, lleva una canasta, una cartera, un maletín, una maleta.

Transita como es: un cuerpo femenino, diferente, pero no único; independiente pero inmerso en este universo de cuerpos; de cuerpos masculinos y femeninos. De cuerpos humanos, animales, vegetales, energéticos.

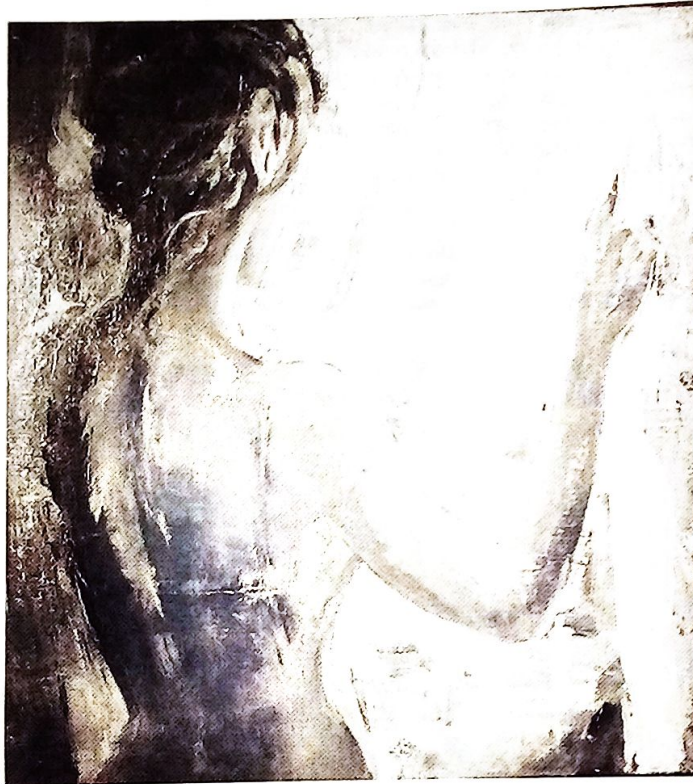
En uno de los artículos publicados por Presencia Literaria, John Updike al reflexionar sobre los cuerpos se pregunta: "¿Es posible que el cuerpo del hombre—sus hombros masivos, sus caderas estrechas, sus pies y manos de gruesas venas (...)—también surge como un mensaje glorioso desde lo más profundo?" Y concluye: "Para los hombres y las mujeres, los cuerpos del otro sexo son mensajes (...): signos resplandecientes de nuestras propias necesidades".

Yo, mujer, le digo: libre del fracaso, de las frustraciones y mutilaciones que traen las sombras de los estereotipos, claro que el cuerpo masculino es un mensaje glorioso, pero un mensaje glorioso que recibo que percibo, que leo, tenga o no caderas estrechas, hombros masivos, abundante vello, gran estatura, cejas espesas, partido el mentón, un jean apretado, una camisa de seda, unos calzoncillos sugerentes un perfume europeo.

El cuerpo masculino está —mensaje en cuanto condensación de señales— presente con su polaridad en un mundo en el que todo es par, bipolar, alterno y opuesto, complementario para lo completo del universo.

Está, pero informe, indefinido por el lenguaje de su otro. El otro que es reconocimiento, espejo y sostén no dice de él. No lo define como sujeto de su deseo, no le da un nombre, no lo llama.

Puesto que el verdadero territorio, la patria única del ser humano está configurada por el cuerpo y el lenguaje, somos seres que habitamos, plenos, arraigados a un referente; si además de tener cuerpos, los pensamos; si además de hablar, decimos. La relación de ambas estructuras está determinada por el



manejo de esta última: el lenguaje nos da la posibilidad de pensar nuestro cuerpo, de leer sus signos para prolongarlos, para pervivirlos en la palabra.

Tengo un cuerpo, soy un cuerpo, y a través de la oralidad introyecto este ser en mi conciencia

Estoy sola, camino con mi cuerpo figurado de mil formas. Escucho que me llaman: son nombres que dan cuenta de mí. No quiero estar sola, necesito responder anunciando para crear la existencia que me acompañe, que me sostenga. Voy a hacer que mi palabra establezca la posibilidad de la aparición del otro cuerpo, del cuerpo que deseo.

Celebro este encuentro —no he perdido la fe en lo gregario— en el que nosotras, mujeres, hemos elegido un lenguaje que nos da la posibilidad de agotar todas las formas imaginables para alcanzar nuestro objetivo. Este es el lenguaje del arte, saturado de signos generadores y polivalentes. Lenguaje que en mí se ha configurado como escritura. A partir de ella intentaré analizarme, explicarme, estructurar mi propuesta.

Mi gran drama, además de la existencia misma, es ser un ser definido por una polaridad en este mundo bipolar. Ser una de las caras de la moneda, ser un fragmento de una totalidad.

Mi gran búsqueda, además de aquella que se encamina en el intento de encontrar una

resolución para mi existencia, es la búsqueda de ese otro ser definido por la polaridad opuesta a la mía, ese ser que es complementario, el otro correspondiente.

El Yin, principio femenino, la tierra, lo pasivo, lo negativo, el espíritu del valle, lo umbrío.

El Yang, principio masculino, el cielo, lo activo, lo positivo, lo luminoso.

El Ying y el Yang, principios fundamentales, aspectos de una unidad, opuestos que se complementan y que son en tanto alternos.

El otro diferente es el que me da sentido. El otro diferente cuyo fundamento esencial es el lenguaje, ha dicho y dice de él, ha dicho y dice de mí. Por lo tanto, existo porque puedo identificarme con lo que ha dicho de mí. Pero si yo no digo de él, si no lo nombro, si no hago que exista en una identificación con mi palabra, permanezco sola.

Voy a salir de mi cuerpo en la prosecución del otro en el lenguaje. Quiero crear, re-susitar el cuerpo masculino en la escritura. Voy a sumergirme en el nombre que le daré.

Escribo: en la metáfora (siguiendo la etimología de la palabra metáfora) me transporto hacia el cuerpo que necesito. Me detengo frente y en la corporalidad del otro para leerlo, para recoger, recolectar sus signos y diseñar otros en intento de una comunicación, de una unificación.

Voy a decirle que existe. Voy a devolver-

le la totalidad de su territorio en mi escritura. Voy a realizar un pacto enunciativo que en su dualidad —ambos decidores— nos permitirá identificarnos.

¿Cómo voy a decirle al otro de él mismo para construirlo en mí, para crearlo plenamente, evitando el peligro de la mutilación, de la fragmentación de lo fragmentado? Cómo voy a mantener mi mente libre para permitir que el otro se manifieste auténtico, para permitir que se comunique con sus propios signos y yo pueda leerlos sin exigencias, manteniéndolos vivos para mí, existentes para mí. Coherentes y unificados. Sólo si amo:

El amor —organizador, renovador— me hace constructora de palabras, me potencializa para renacer al otro, para suscitarlo, para resucitarlo (como diría Pizarnik).

El dios hindú del amor, Kama, posee cinco flechas dispuestas para su lanzamiento. Tienen en la punta flores: son los cinco sentidos.

El dios del amor cortesano, con su arco de oro, lanza también cinco flechas que representan cinco actitudes del ser para lograr un amor que construya: la belleza que pierde fronteras entre cuerpo y alma, la simplicidad, la franqueza, la compañía, la apariencia cuidada.

Amo con mi cuerpo, con los cinco sentidos. Amo con mi espíritu, con mi palabra, con todo mi ser.

En la experiencia amorosa mi espíritu se hace carne, mi carne se hace verbo. Despiertan mis sentidos, se agitan. Necesito entonces que mi cuerpo esté afinado como un instrumento musical para una sensualidad plena, para un goce pleno.

Limpio mi cuerpo y mi mente para el placer, abro las puertas de la percepción, me entrego: Diana para las flechas del dios Kama.

El placer permite el acceso a la virtud. Si soy plena gracias a mi cuerpo, estoy preparada para recibir también las flechas del dios cortesano. Preparada para intentar ser bella, simple, franca. Preparada para cuidar mi apariencia ya no por deber —como dice Susan Sontag en otro artículo de Presencia Literaria que mencioné— sino por amor. Ser de la mejor manera posible para agradar a mi amado, lejos de responder a los estereotipos que han hecho de mí, mujer. Ser nada más. Y basta, como dice Jorge Guillén.

Pero ese otro, ¿dónde está? Voy a llamarlo. Abriré las puertas para que mi espíritu salga, gritaré su nombre, lo alcanzaré para decirle al oído cómo lo quiero, cómo lo sueño, cómo lo percibo, cómo lo presiento. El lenguaje me sitúa, me dice para el otro. En el lenguaje sitúo al otro, lo nombro para mí.

El discurso de amor es un canto. Hago cantos para que inscriban el gozo del presentimiento, del hallazgo, del asombro, de la posesión, de la fusión de la esencia. En su esencia que es también el silencio destinado a soportar lo impronunciable.

Pasa a la Pág. 5

Saludo en *El Escorial*

* Gonzalo Rojas

Canto porque amo, canto cuando amo, con mi canto intento despertar el cuerpo de mi amado, intento transportarme hacia él, rozarlo, abrazarlo y fundirme con él.

En la celebración poética puedo volver al primer jardín: el jardín del placer del amor. Y puedo animar la experiencia amorosa con la enunciación de lo que siento. El encantamiento poético es también una felicidad, es un fluir del goce, es el goce mismo.

Con el poema puedo hacer del otro complementario, amante, sujeto que al amarme reafirma mi identidad. Soy en cuanto amada: amo para ser. Por amor canto para dar figura al otro.

Del deseo de estar con la persona amada nace el flujo, la vertiente de palabra que transporta.

Al poetizar me crecen alas.

Un salto de nuestra condición de existencias caídos a la intemperie, desnudados bajo las estrellas y sus influencias, es afirmarnos como sujetos hablantes y como sujetos enamorados.

La poesía nos permite dar ese salto que es doble. La escritura y el amor: hablar de salvación ante la inminencia del naufragio.

Que nuestra poesía, la poesía femenina, se mantenga alejada de la distorsión del discurso feminista. Las mujeres somos sujetos de lo político a partir de la definición de nuestra polaridad, de nuestros fundamentos. No aspiramos a ley sino al poder para seguir defendiendo la vida, para seguir reproduciéndola. Que sea una poesía límpida, doliente, celebradora, osada, intensa, constructora. Que no adormezca, que no sea histórica; que sea, mejor, el despertar del amor, la devolución de su voz.

Escribir, describir, construir lo propio, lo imaginario como antídoto del dolor de la existencia, como antídoto de la soledad.

Cantar para re-susitar el cuerpo que nos acompañe, que irradie hacia nosotras la polaridad que nuestro ser no incluye en sí mismo. Cantar para resucitar el cuerpo que deseamos.

*** Vilma Tapia Anaya.**
Cochabamba, 1960.
Poeta y escritora.



No hay una poesía argentina, mexicana, guatemalteca o ecuatoriana. No hay más que una sola poesía en nuestra lengua, y es la poesía iberoamericana. Esta poesía viene desde siempre, desde por lo menos el siglo XVI, ya se sabe, con los que nos descubrieron y o necesariamente nos conquistaron. Un muchacho de veintitrés años, que vino al Perú primero, y enseguida enseguidísima a Chile, ese hombre fue el que inventó a Chile. Se llamó Alonso de Ercilla. Era un mozo, un mozo de verdadera mocedad, con algunas experiencias, claro, había acompañado a Su Majestad a Londres y había participado en algunas tareas fuertes en España. Llega al Callao, se embarca en una nave, viene hacia el sur sur y ni siquiera toca lo que va a llamarse futuramente Santiago la capital. Y llega a una isla, o mejor dicho a un rincón marítimo, que es la bahía de Concepción (así le había puesto ya Valdivia). Es una bahía abrigada, y eso permitía que estas naos, estas naves altas pudieran atracar allí y quedarse tranquilas. Este joven estuvo allí nada más trece meses. En ese tiempo recorrió todo el sur de Chile. Literalmente, no sólo hizo el mito de Chile sino que inventó el país mismo con ese prodigio que es *La Araucana*.

Estas palabras más pueden coincidir con las de otros poetas respecto de sus respectivas patrias, unas patrias no necesariamente despedazadas, como alguien ha dicho por ahí, sino esas patrias que configuran una sola patria grande que comienza en México y sigue hasta los sures, como sabemos.

Existe una tradición hispánica de la poesía, la que nos hicieron ver la antología de Federico de Onís, o la de *Laurel*. Esos libros hicieron realmente prodigios y mostraron esta unidad, esta comunicación que no ha sufrido merma alguna y que perdura y persiste. Siempre lo he sentido así, y lo sigo sintiendo.

Las vanguardias operaron en mi generación, ya se sabe, un poco tardíamente, como tenía que ser. Pero no tan tardíamente como pudiera parecernos. Por ejemplo, Aldo Pellegrini, ya en el año 1928 —a cuatro años exactos del primer *Manifeste de Monsieur Breton*—, hizo una revista que se llamó *Qué* (1928-1930), y esta revista era ya una expresión del surrealismo en Buenos Aires. Ese poeta y médico, Pellegrini, fue el gran adelantado en esa materia. Y además coincidió con que en esos mismos años otro joven de acá, en Perú, que se llamó César Moro, clavaba también la bandera del surrealismo en el Perú. Nosotros, los del país chileno, llegamos *en retard*, en 1938, con una agrupación más bien sumisa, diría yo, que se llamó *Mandrágora*. Sumisa: no tuvo la vivacidad del movimiento argentino ni la vivacidad del peruano. Seguramente la sombra de Huidobro, que era otro exponente ya no del surrealismo, sino de aquel creacionis-



Alonso de Ercilla

mo que disputara con Pierre Reverdy, operó mucho en este pequeño contingente de poetas de 1938, que no eran más de cinco o seis.

Hay que hacer más fluido aún el diálogo de la poesía de los dos lados del Atlántico. Creo que se necesita que vayamos y que vengáis. Tiene que haber un viaje más vivo, más dinámico, y no basta con las meras lecturas a veces. Es bueno oír, oír cómo se habla el español de adentro de estos parajes. Acordémonos por ejemplo de Rulfo. Rulfo fue también, o sobre todo, un poeta, totalmente; un poeta que además cultiva esa maravilla que es el *callamamiento*, la poda, en fin. Rulfo se quedó oyendo a sus paisanos de Jalisco. Se quedó oyendo, al margen de la vanguardia, notemos eso, a los paisanos del valle de Elqui, que son los que hablaban como en el siglo XVI o XVII. De modo que con relación a estas resonancias a lo mejor a ustedes los españoles les hace bien venir también a escucharlas aquí. La poesía se hace en tanta medida con la oreja como con los otros medios.

Las antologías cumplen una clara función para fomentar el diálogo de los poetas de los dos lados, la cumplen y corren los riesgos de todas las antologías de todos los

países. Son arbitrarias y de combate porque tienen que ser así. Pero pienso, sigo pensando todavía, que debiéramos comunicarnos también yendo y viniendo realmente. ¿Qué cuesta ir, qué cuesta venir? A mí se me ha dado una fortuna especial, el conocer España y prácticamente todos los países de mi América, incluyendo el Brasil.

Las islas extrañas me parece un tesoro. Me parece que se ha hecho una obra verdaderamente mayor, de mucho rigor, de mucha eficacia. Con los naturales riesgos, pero se ha hecho un balance muy prolijo, muy fino muy delicado. Es muy hermoso ese libro, fundado en el prodigio de la libertad y de la gracia.

Que no haya corrupción de la libertad y de la gracia. Salud.

*** Gonzalo Rojas. Chile, 1916-2011.**
Poeta y escritor.



Lorenzo, el lebel de Adela y la casa del "Rosal"

El texto forma parte de "La verdadera Adela Zamudio", escrita por Gabriela Taborga de Villarroel, sobrina nieta de la poeta

Al quebrarse en Corani la economía de don Adolfo Zamudio, con la subasta judicial de la propiedad, la familia abandonó el fundo que ya no le pertenecía y se reinstaló, en calidad de simple arrendataria, en el Pujro suburbano. Posteriormente fue Viloma, que tampoco resarcía con su productividad, pese a la sacrificada presencia de todos los Zamudio-Ribero, hasta que hubieron de trasladarse, otra vez como inquilinos, a la vereda oeste de la calle Ayacucho, entre Santiváñez y General Achá, —probablemente denominadas entonces Santo Domingo y Compañía. La propiedad pertenecía al presbítero Manuel Anzoleaga, después Párroco y Monseñor. En aquella casa murió doña Modesta, en 1897, y pasados unos años don Adolfo. Allí también recibió la postrera carta de su hermano Máximo que marchó a la Guerra del Acre. En el reverso, Adela, con clara letra escribió la sentida frase. "Su última carta, su eterna despedida".

En esta casa, ubicada enfrente de la que hoy es propiedad de mis primos hermanos Torrico Arias; vivió muchos años; no sé cuántos. Le atraía la vecindad de don Rodolfo Torrico Zamudio, su sobrino dilecto.

Al comenzar la década del 20, hubo de dejar esa vivienda, probablemente porque fue vendida a Roberto Quiroga y su esposa Elena Ugarte. Finalmente se instaló en la calle 25 de Mayo, entre Bolívar y Perú, de cara al convento de San Francisco. Ahí convivió con mi familia, y allí exhaló su postrer suspiro. Desde esa morada partieron a la "capilla ardiente" de la Universidad sus restos mortales.

El impercedero el recuerdo de su casita de Calacala. Escenario de travesuras inocentes de la infancia de sus sobrinos nietos. Aún persisten en mi memoria las estancias saturadas con la fragancia de su ser. Como en la niñez, admiré a Adela. Ahora etérea, frente al jardín que repaseaba incansable. Su frente cubierta por albo pañuelo y su figura imborrable, me semejan palpables por la intensidad de la hipermnesia. Sentí el calor de su regazo y el perfume delicado de sus cabellos ya canos...

La casucha de adobes oriundos se conformaba por dos amplias piezas. Un corredor delantero enladrillado, era el mirador del huerto. La escritora ocupaba la estancia los fines de semana, casi siempre en la compañía de uno de sus sobrinos. Sentada en el sillón de don Adolfo, permanecía con los ojos semicerrados o perdidos en lontananza; en calma espiritual y descanso. Bajo el techo de aire puro se nimbaba en dulce paz. Ni tomaba notas ni escribía. Pero evidente-



Adela Zamudio. Cochabamba 11 de octubre de 1884 - 2 de junio de 1928

mente, esos fueron los instantes de mayor intensidad intelectual.

Su huerto —casucha de Calacala— encandila la memoria, vivificando e iluminando mi espiritualidad. Se hallaba situado en la región conocida con el poético nombre de "El Rosal". Por las cabeceras corría el Cantarrana de cristalinas y tintineantes aguas. Lo ribeteaban lirios blancos o lilas que reverberaban en primavera, ensanchando la serenidad del alma. Adosados a los adobes murales trepaban los rosales, de menuda y apretada floración, perfumados, en ramilletes blancos y amarillo-oro de romance. Los denominaban "botón del poeta". Había jazmines. Y al fondo, arbustos de laurel rojo, atrevidamente asentados sobre el alfombrado de violetas. Un alcachofal, plantado por las propias manos de la poetisa, bordeaba la ace-

quia. En la magnitud espiritual de Adela, cupo golosear con el sabor de los robustos pétalos de esa hortaliza. La forma de acanto de las hojas reconfortaba su vena poética.

Ese terrazgo con sus arbolitos, sus flores y sus frutos, era otra imagen del alma de Adela Zamudio. No es ella la única persona que se autorretrató en el molde, voluntarioso, de vegetación exuberante...

A la hora del "Toque del Angelus", que hoy desconoce la frívola algarabía de las urbes vocingleras, mi tía Adela se acercaba a mí, decidida y tierna, juntaba las manos inquietas y los dedos juguetones, para hacerme balbucear con maternalidad sempiterna: "—El Ángel del Señor anunció a María..."

De llegada, jugueteaba con "Lorenzo", el perro setter negro, híbrido, que causó impresión en los quilates del distinguido escritor don Saturnino Rodrigo. Adela había logrado inculcar en el lebel sutilezas increíbles. La acompañaba hasta en la oficina de la Dirección del Liceo de Señoritas, y dormía a los pies de la maestra. Sobresaltado despertaba al menor ruido para defenderla de sorpresas. Jugaba con nosotros los niños, encontrándonos por el timbre de la voz en las alternativas del "escondite". Al voceo del canillita, el can recibía en los colmillos "El Heraldo", para entregarlo a mi tía que permanecía en cama a esas tempranas horas...

Con su adiestramiento, casi inverosímil, oficiaba de meticoloso y fiel portero que trafa y llevaba en el hocico, desde la calle, el manajo de llaves que gobernaba la puerta de entrada al huerto.

Don Rodolfo Torrico era un extraordinario aficionado y conocedor de canes. Él fue quien logró ese notable adiestramiento. Logró hacer comprender a Lorenzo buena parte del lenguaje humano, orientando al mismo tiempo sus afectos instintivos y su inclinación por las jargarretas.

En presencia de doña Adela, Rodolfo estimulaba la mente canina con palabras comprensibles: "—El Lorenzo es huerfani- to, no tiene mamá". "Pobre Lorenzo".

Pero el inteligente cuadrúpedo, veloz y definido, se abalanzaba y apoyaba los remos delanteros en los hombros de Adela, modulando voces que tuvieron mucho de desmentido y afirmación de cariño.

¡Pobre Lorenzo! Murió viejo y ciego. Sus últimos días resultaron trágicos para la sensibilidad exquisita de mi tía. Ella quería a su perro porque era suyo, incluso en su espíritu perruno. Pero, aquellos que no alcanzaban a comprenderla bien, le diagnosticaban implacablemente su ceguera; pronosticándole todo mal y le proponían para el can, la bala, tiro de gracia, para su ancianidad compañera. Y al fin, yo no supe bien, cuándo murió el Lorenzo de doña Adela.

He aquí un trozo de la composición que la escritora dedicó al amigo perro, titulada "Yo te Bendigo"

"Alma ingenua, alma de niño, con sus impulsos ya iracundos, ya generosos. Alma encerrada en cuerpo de animal, eternamente incomprendida, eternamente atormentada."

"Corazón y cerebro cuyos alcances salvan el abismo que separa al bruto del ser que se reconoce y dice: —Yo pienso y siento. Cuando te veo esclavo, sometido a la voluntad de tu dueño con una abnegación que va más allá... Cuando te veo afrontar peligros y soportar mortificaciones hasta olvidar tus necesidades más apremiantes, por seguirle; y hacerlo, no por convencimiento, sino por efecto, cuando te veo gemir de felicidad con una caricia y consumirte de abatimiento con un castigo moral. Cuando en horas de meditación y de tristeza te veo a sus pies, alzar los ojos ansiosos por comprender la causa y comunicarte con él, me pregunto: La idea de un árbitro supremo de tu destino, mezquina, grosera y confusa, que se eleva del hombre a Dios: ¿no es comparable a la que tú concibes de ese ser superior del planeta? El hombre no vive solamente de comida y de bebida, sino también de la palabra divina —dice la sentencia bíblica—. Tú eres más que él, tú vives más de amor que de comida y de bebida. Tú, como el niño, prefieres la caricia al alimento."

¡Amigo fiel! Compañero de los juegos de la infancia cuyos atronadores ladridos hacen coro a las alegres carcajadas. Guardián de la casa del labrador. Compañero de viaje, abnegado hasta morir... a veces delator del crimen,

"¡Bendito tú! Bendito más que todos, heroico servidor de la Cruz Roja".





Un alma inmortal

El capítulo forma parte de "El mundo de Sofía", novela sobre la historia de la filosofía escrita por el profesor noruego Jostein Gaarder

Platón pensaba que la realidad está dividida en dos. Una parte es el mundo de los sentidos, sobre el que sólo podemos conseguir conocimientos imperfectos utilizando nuestro cinco sentidos (aproximados e imperfectos). De todo lo que hay en el mundo de los sentidos, podemos decir que "todo fluye" y que nada permanece. No hay nada que sea en el mundo de los sentidos, solamente se trata de un montón de cosas que surgen y perecen.

La otra parte es el mundo de las Ideas, sobre el cual podemos conseguir conocimiento cierto, mediante la utilización de la razón. Por consiguiente, este mundo de las Ideas no puede reconocerse mediante los sentidos. Por otra parte, las Ideas son eternas e inmutables.

Según Platón, el ser humano también está dividido en dos partes. Tenemos un cuerpo que "fluye", y que, por lo tanto, está indisolublemente ligado al mundo de los sentidos, y acaba de la misma manera que todas las demás cosas pertenecientes al mundo de los sentidos (como por ejemplo una pompa de jabón). Todos nuestros sentidos están ligados a nuestro cuerpo y son, por tanto, de poco fiar. Pero también tenemos un alma inmortal, la morada de la razón. Precisamente porque el alma no es material puede ver el mundo de las Ideas.

Ya he dicho casi todo. Pero hay algo más, Sofía. ¡Te digo que hay algo más!

Platón pensaba, además, que el alma ya existía antes de meterse en un cuerpo. Érase una vez cuando el alma se encontraba en el mundo de las Ideas. (Estaba en la parte de arriba del armario, junto con todos los moldes para las pastas). Pero en el momento en que el alma se despierta dentro de un cuerpo humano, se ha olvidado ya de las Ideas perfectas. Entonces, algo comienza a suceder, se inicia un proceso maravilloso. Conforme el ser humano va sintiendo las formas en la naturaleza, va teniendo un vago recuerdo en su alma. El ser humano ve un caballo, un caballo imperfecto, pero eso es suficiente para despertar en el alma un vago recuerdo del "caballo" perfecto que el alma vio en el mundo de las Ideas. Con esto, se despierta también una añoranza de regresar a la verdadera morada del alma. A esa añoranza Platón la llama *eros*, que significa "amor". Es decir, el alma siente una "añoranza amorosa" por su verdadero origen. A partir de ahora, se vive el cuerpo y todo lo sensible como algo imperfecto e insignificante. Sobre las alas del amor volará el alma "a casa", al mundo de las Ideas, donde será librada de la "cárcel del cuerpo".

Me apresuro a recalcar que lo que Platón describe aquí es un ciclo humano ideal, pues no todos los seres humanos dan rienda suelta al alma y permiten que inicie el viaje de retorno al mundo de las Ideas. La mayoría de las personas se aferra a los "reflejos" de las Ideas en el mundo de los sentidos. Ven un caballo y otro caballo, pero no ven aquello de lo que todos los caballos son solamente malas copias. (Entran corriendo en la cocina y se lanzan sobre todas las pastas, sin preguntarse siquiera de dónde proceden esas pastas). Lo que describe Platón es el "camino de los filósofos" - su filosofía puede entenderse como una descripción de la actividad filosófica.

Cuando ves una sombra, Sofía, también tú pensarás que tiene que haber algo que la origina. Ves la sombra de un animal. Quizás sea un caballo, piensas, sin estar del todo segura. Luego te giras y ves el verdadero caballo, que es infinitamente más hermoso y su silueta mucho más nítida que la inestable "sombra del caballo". Platón opinaba que, de la misma mane-

ra, todos los fenómenos de la naturaleza son solamente sombras de los moldes o ideas eternas. No obstante, la gran mayoría de los seres humanos está satisfecha con su vida entre las sombras. No piensan en que tiene que haber algo que origina las sombras. Creen que las sombras son todo, no viven las sombras como sombras. Con ello, también se olvidan de la inmortalidad de su propia alma.

El camino que sube de la oscuridad de la caverna

Platón cuenta una parábola que ilustra precisamente lo que acabamos de escribir. La solemos llamar el mito de la caverna. La contaré con mis propias palabras. Imagínate a unas personas que habitan una caverna subterránea. Están sentadas de espaldas a la entrada, atadas de pies y manos, de modo que sólo pueden mirar hacia la pared de la caverna. Detrás de ellas, hay un muro alto, y por detrás del muro caminan unos seres que se asemejan a las personas. Levantan diversas figuras, arde una hoguera, por lo que se dibujan sombras llameantes contra la pared de la caverna. Lo único que pueden ver esos moradores de la caverna es, por tanto, ese "teatro de sombras". Han estado sentados en la misma postura desde que nacieron, y creen, por ello, que las sombras son lo único que existe.

Imagínate ahora que uno de los habitantes de la caverna empieza a preguntarse de dónde vienen todas esas sombras de la pared de la caverna y, al final, consigue soltarse. ¿Qué crees que sucede cuando se vuelve hacia las figuras que son sostenidas por detrás del muro? Evidentemente, lo primero que ocurrirá es que la fuerte luz le cegará. También le cegarán las figuras nítidas, ya que, hasta ese momento, sólo había visto las sombras de las mismas. Si consiguiera atravesar el muro y el fuego, y salir a la naturaleza, fuera de la caverna, la luz le cegaría aún más. Pero después de haberse restregado los ojos, se habría dado cuenta de la belleza de todo. Por primera vez, vería colores y siluetas nítidas. Vería verdaderos animales y flores de los que las figuras de la caverna sólo eran malas copias. Pero, también entonces, se preguntaría a sí mismo de dónde vienen todos los animales y las flores. Entonces vería el sol en el cielo, y comprendería que es el sol el que da vida a todas las flores y animales de la naturaleza, de la misma manera que podía ver las sombras en la caverna gracias a la hoguera.

Ahora, el feliz morador de la caverna podría haberse ido corriendo a la naturaleza, celebrando su libertad recién conquistada. Pero se acuerda de los que quedan abajo en la caverna. Por eso vuelve a bajar. De nuevo abajo, intenta convencer



a los demás moradores de la caverna de que las imágenes de la pared son sólo copias centelleantes de las cosas reales. Pero nadie le cree. Señalan a la pared de la caverna, diciendo que lo que allí ven es todo lo que hay. Al final lo matan.

Lo que Platón describe en el mito de la caverna es el camino que recorre el filósofo desde los conceptos vagos hasta las verdaderas ideas que se encuentra tras los fenómenos de la naturaleza. Seguramente también piensan en Sócrates, a quien mataron los "moradores de la caverna" porque hurgaba en sus ideas habituales, queriendo enseñarles el camino hacia la verdadera sabiduría. De ese modo, el mito de la caverna se convierte en una imagen del valor y de la responsabilidad pedagógica del filósofo.

Lo que quiere señalar Platón es que la relación entre la oscuridad de la caverna y la naturaleza del exterior corresponde a la relación entre los moldes de la naturaleza y el mundo de las Ideas. No quiere decir que la naturaleza sea triste y oscura, sino que es triste y oscura comparada con la claridad de las Ideas. Una foto de una muchacha hermosa no tiene por qué resultar oscura y triste, más bien al contrario, eso sigue siendo sólo una imagen.

El aforismo y la filosofía

* Federico Blanco Catacora

El lenguaje filosófico. Entre el pensar y el decir filosóficos existe más que una yuxtaposición, una interpenetración sustancial, un acondicionamiento recíproco. A cada estilo en el pensar le corresponde otro en el decir y viceversa. Por el hecho de constituir un pensar sobre pensamientos, la reflexión filosófica, antes que un comunicar a los demás ese pensar, presupone un hablar consigo mismo y la comprensión que obtenga un filósofo de los alcances de su propio pensamiento dependerá en gran parte del lenguaje en el que dialogue consigo mismo. Es verdad que en el curso de la comunicación surgen nuevas perspectivas y pensamientos fecundos, pero sólo en la reflexión ocurre su tratamiento riguroso, metódico y fundamentado.

El pensar sobre otros pensamientos es posible precisamente por obra del lenguaje, porque las palabras detienen, inmovilizan y fragmentan el fluir pensante permitiendo realizar combinaciones inusitadas, descubrir nuevos nexos significativos entre ellas y, a través de ellas, transitar nuevos caminos en el pensar. Esto no significa que la filosofía se reduzca a un pensar sobre palabras sino que estas constituyen un medio para arribar a los pensamientos y estos un medio para llegar a los objetos. Tampoco significa que la filosofía deba reducirse a un simple examen crítico del lenguaje.

El mundo de objetos sobre los que reflexiona la filosofía es diferente del que corresponde a la experiencia cotidiana y sin embargo lo penetra. De ahí que la filosofía haya adoptado y adaptado a su modalidad reflexiva de pensar, los vocablos del habla común —no solamente los nombres sino las demás palabras que cumplen diversas funciones en la proposición. Otro tanto ha hecho con el lenguaje científico y con el literario. Por esta adopción y adaptación de términos que no surgieron del contacto inmediato con los objetos propios del discurrir filosófico es que el lenguaje filosófico sea esencialmente perifrástico.

Los idiomas se han formado en el ejercicio de la comunicación. Así como las posibilidades de la autocomprensión están condicionadas en la actividad reflexiva por las posibilidades idiomáticas —con todas sus deficiencias—, de igual modo se encuentran implícitas en el decir no sólo la posibilidad sino también la necesidad de expresión y comunicación. Pero en este afán por comunicarse con los demás, si espera algo del entendimiento ajeno, el filósofo no puede emplear en todos los casos las mismas formas verbales que han surgido espontáneamente al hilo de su meditación. Se ve entonces obligado a “traducir” sus reflexio-

nes —pensamientos y palabras— en otras formas verbales, promoviéndose un nuevo menester: el de parafrasear.

En este repensar el contenido que surgiera de su primera reflexión con la ayuda de otras expresiones menos espontáneas pero más comprensibles y aun estéticamente más agradables para los demás, los filósofos han recurrido a diversas formas de exposición tales como los estilos científico y escolar y las formas literarias.

Entre las formas literarias adoptadas por los filósofos para difundir sus ideas se encuentran el aforismo, el poema, el mito, el diálogo, el soliloquio, la confesión, la autobiografía, el ensayo, la novela y el teatro.

Aparte de los motivos válidos para cada caso, esta preferencia por el revestimiento literario de las ideas filosóficas se explica porque el *decir filosófico es continua perfrasis y parafrasis*. No obstante, hay otro motivo más importante, decisivo tal vez, que revela simultáneamente el carácter del filósofo y de su filosofía: la subjetividad. Se diría que en estos pensadores de inclinación literaria la teoría —el descubrimiento y la contemplación de lo verdadero— no ha dejado de ser una experiencia personal para convertirse en un sistema objetivamente válido. En ellos aparecen los pensamientos a modo de vislumbres geniales pero aislados, inconexos, como flotando en un océano de intensa vida afectiva; se califica frecuentemente sus reflexiones de pensamientos “sutiles”, “agudos” o “profundos”. La sutileza y profundidad se encuentra más en los sentimientos que en los pensamientos mismos. Sus reflexiones carecen de aquella interconexión y recíproca fundamentación que dan al saber filosófico el carácter de coherencia estricta, de claridad y

de autoevidencia.

En suma, las formas literarias se adaptan mejor al pensamiento filosófico en el que predomina lo fragmentario, asistemático, antinómico, provisorio y polimático.

El aforismo. Los estilos elíptico y parafrástico, entre otros, corresponden respectivamente a los modos sintético y analítico del pensar. El aforismo es un caso de estilo elíptico, el comentario es un ejemplo de estilo parafrástico.

Los estilos elíptico y parafrástico, entre otros, corresponden respectivamente a los modos sintético y analítico del pensar. El aforismo es un caso de estilo elíptico, el comentario es un ejemplo de estilo parafrástico.

Además de constituir un enunciado breve en el que se han suprimido las palabras que pueden sobreentenderse sin perjudicar la correcta comprensión del pensamiento que se intenta expresar, el aforismo es una proposición independiente de cualquier contexto verbal. No es una proposición entresacada de un encadenamiento discursivo sino un decir conclusivo, rotundo, definido en sí y por sí mismo —esta característica ya se encuentra señalada en el término griego “aphorismós”, origen del vocablo castellano. Y por no traducir un fragmento condicionado al todo de un razonar discursivo, el aforismo es, en rigor, el modo expresivo adecuado para una intuición, para la captación directa, el vislumbre súbito de una relación o de un complejo de relaciones. Pero no es una expresión simple y directa sino multívoca, porque con el enunciado explícito se da simultáneamente el tácito apuntar hacia un contenido diferente.

Más aún, la intuición de una verdad es insinuada por quien la comunica a través de

un aforismo como una verdad necesaria, apodíctica. Esto explica su carácter sentencioso y grave, presentándose en muchos casos como un precepto, enseñanza moral, doctrina o regla de conducta.

Los aforismos adoptan diversas formas pudiéndose distinguir entre ellas algunas que les son más familiares. El giro usual es la *paradoja*, como puede reconocerse en el siguiente ejemplo: *A veces la fuerza consiste en no obrar*.

Una modalidad menos aguda en la contraposición que la paradoja es el simple contraste: *Llevar en la jornada, / los que se van, el desencanto, / y los que llegan, la esperanza*.

Otra variante de las formas anteriores es el retruécano: *¡Si sólo el mal humano fuese el no poder sino el mal! Mas, el mayor mal es no poder ni el mal*.

Una cuarta modalidad semejante a las ya citadas es la comparación irónica: *Unos ponen una ciencia o una técnica al servicio de sus pasiones, —son los artistas; otros ponen una voluntad al servicio de una idea, —son los sabios y los héroes*.

Puede asimismo adoptar la forma de una simple descripción: *Los campos se pueblan de miseria, de ignorancia y de abandono, y se despueblan de hombres. Sólo los parias no pueden huir de ellos*.

En otros casos puede presentarse una gradación: *En Cicerón el erudito es más que el sabio, el orador más que el erudito, y el relator más que el orador*.

Aforismo y definición pueden coincidir por la forma: *Comprensión compartida, eso es el arte*.

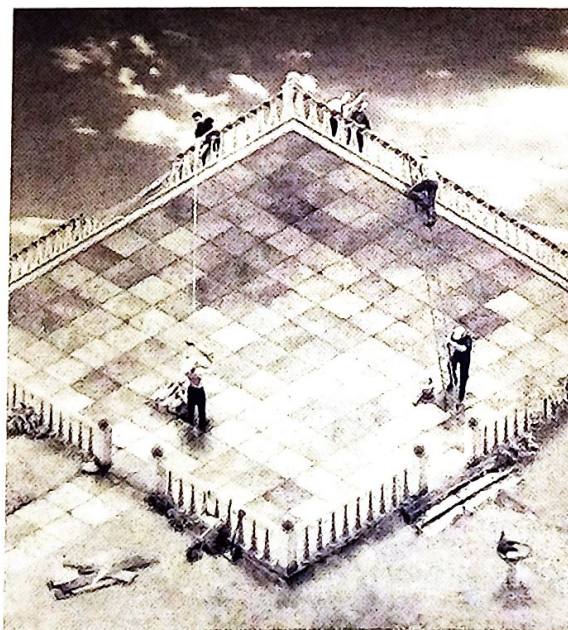
Muchas veces el aforismo adopta la modalidad de un precepto: *Debes cuidarte de ti mismo, porque eres tu enemigo*.

Suele también adoptar la forma de una pregunta: *¿A dónde el espíritu tiende sus velas que no arriesgue de naufragar o de descubrir un mundo?*

En fin, el aforismo puede presentarse a través de una exclamación, un simple señalamiento, una advertencia, una observación y así siguiendo, formas que a su vez se combinan entre sí dando lugar a innumerables tipos mixtos.

Existen libros que no son sino una colección o selección de aforismos y existen otros que no constan de aforismos pero poseen un estilo aforístico. Esta distinción es importante porque a menudo se discute inútilmente si un autor, como Pascal por ejemplo, ha escrito o no aforismos. Notas sueltas, fragmentos o bosquejos pueden adquirir el estilo aforístico, o sea, las características propias del aforismo, aunque el proyecto del autor haya sido inicialmente otro.

* Federico Blanco Catacora.
Oruro, 1926 – La Paz, 1992.
Filósofo y políglota



La silla

* Jesús Urzagasti

Hacer una silla es cosa fácil, según el juicio del que la compra o la vende. Para el que la construye —al margen de ganancias o pérdidas— es un ejercicio de devoción que comienza en las manos y se propala por el cuerpo sorprendido, poniendo en movimiento la totalidad de los recuerdos.

Y para ello no hay necesidad de ser un consumado carpintero. Basta el respeto que se prodiga a quien desempeña, con gratitud, este y otros oficios.

El profano puede suponer que lo principal estriba en la elección de la madera, contrariando la convicción del auténtico artesano, que toma los dispersos materiales del mundo para devolverlos organizados bajo una forma reconocible. En este caso nos referimos a una silla de cualquier color y olor, que se abre paso entre los objetos que decoran la existencia humana.

Hacer una silla implica haber devorado con la mirada feliz vastos paisajes y maderas de valles, llanuras y montañas. Es, también, haber sucumbido a la seducción de aquellos árboles que crecen en silencio y se balancean al alba, bajo el dictamen de una imagen incógnita, que nada tiene que ver con la congoja o la alegría, sino con lo innombrable.

Por otro lado, es un acto de modestia, porque a menudo los materiales elegidos no acatan la leyes de la imaginación de cualquier ebanista testarudo internándose más bien —con sus fibras y sus gamas— hacia el sosiego y el equilibrio de las formas crípticas y mudas. Es también estar solo o acompañado, inmerso en una labor manual que no contradice en nada a las altas conjeturas y los felices razonamientos.

Quien trabaja en la construcción de una silla, iluminado por un atardecer cualquiera, necesariamente tiene que apelar al serrucho, pero también al vacío que deja la ausencia. Por ejemplo. Si dispone de un listón de laurel, sabe que determinado tramo exigirá un pedazo de nogal; si tiene entre manos un roble, ha de extrañar la dureza de la perilla. En todo caso, una silla empezada es una silla terminada —como toda obra humana— a la que sólo le falta el transcurso del tiempo para asumir otra vez la forma inicial que tuvo en épocas remotas, cuando el hombre solía afilar el hacha en cucillitas, sin intuir el sencillo mueble que le daría comodidad y lo incitaría al descanso del diálogo lleno de bromas o la conversación teñida por el cielo profundo.

Por lo tanto, quien hace una silla, en realidad construye dos, sabiendo muy bien que la verdadera siempre se quedará en los extramuros de la vida, observando no sin sorna cómo la otra sale briosa y campante a ocupar su sitio en el mundo efímero, remedo del sólido universo invisible.

Será por eso que un verdadero carpintero

jamás hará visible lo invisible. Por el contrario, continuará con la escritura cifrada de sus antepasados, como aquellos que prolongan la tradición oral, renuevan un verso, acreditan la veracidad y belleza de viejas formas verbales, o jerarquizan el modo de saludar a los desconocidos cuando se conmueven hasta los tuétanos al decir "te quiero".

Por lo demás, una silla no es nada importante. Nada en ella nos promete la dicha. Una silla es una silla y nada más. Un objeto desprovisto de los atributos de la perfección, que sin embargo nos aguarda pacientemente al anochecer y nos saluda en las mañanas con el calor de las cosas leales e invariables: el silencio.

Y una silla repentinamente puede convertirse en suntuoso objeto de veneración, apta para confundir a los superfluos, a los que esperan la aparición de aquello que no convocaron con la oración del alma.

Yo hice tres sillas en el curso de mi existencia. Y las construí mandado por la voz de los montes. La primera —con madera de un cajón de vino— conserva todavía su color amarillo y su soledad; no la uso, porque está lejos y porque me pone triste. La segunda fue diseñada en la carpintería de un amigo, en el barrio de Achachicala, con listones del Alto Beni; es negra y de alto espaldar, y fue la compañera de mi soledad difunta durante varios años. Tampoco está aquí, en esta casa, donde acabo de concluir la tercera.

Esta pertenece a Jabuzialy. Tiene cuatro patas, dos de cedro y el par restante de nogal. Como fue construida a punta de cuchillo, serrucho, cola y martillo, lleva por todos lados —hasta en sus rincones más privados— pequeños soportes que han de impedir —estoy seguro de ello— que su propietaria la desgoberne en un acto de imprudencia o con la cabal conciencia de la dicha de existir. Las tablas donde deben reposar las nalgas son de ochoa, blancas y fibrosas; el espaldar lleva un grueso listón con los signos naturales de su procedencia, y unos tres pedazos de diversas tonalidades, metidos a presión. A parecida solución recurrir en la parte delantera. Y es



pesada, como si deseara que no la movieran de su sitio, allí donde Jabuzialy examina el pasado del país sin que nada la inmute, salvo el atropello que entre nosotros resulta previsible. Está bien terminada y pulida, excepto las tablas de ocho, que trajeron consigo unas vellocidades vegetales inmunes a la lija más hirsuta. Inmunes a la mera estética, casi comprometidas con las dichas veleidades cotidianas del ser humano. Entonces, no es una silla para un dios perdido, sino para una persona que acaba de pasar por un túnel y se obstina en mirar sentada el paisaje soñado aquella vez en que apostó por la vida sin retroceder ante el incendio.

Es muda esta silla pero de ningún modo solemne. Hecha de maderas ajenas ya a la savia vital de la tierra, con el brillo discreto de lo que transcurre al lado del ritual. Sentada allí, seguramente Jabuzialy se volverá más chistosa. Pero que no tiemble. Y que se sueñe

con el inescrutable ardoroso avispón negro, aquel que lleva el sello de lo anormal y la cicatriz de la congoja. Porque bajo la protección de su fervor animal trabajé esta silla, en pacientes jornadas, sordo al ronroneo de la máquina de escribir de Jabuzialy, hasta desembocar, entre mate y mate, en la certeza de haber configurado un regalo. Sin otra ornamentación que la proscrita de este mundo: la inscripción del amor desenterrado.

* Jesús Urzagasti Aguilera.
Tarija, 1941-2013.
Narrador, poeta y escritor.

Juan Cameron

Juan Cameron. Valparaíso, Chile, 1947. Obtuvo varios Premios en su país así como en España, Costa Rica y Ecuador. Ha publicado entre otros, *Perro de circo* (1979), *Cámara oscura* (1985), *Como un ave migratoria en la jaula de Fénix* (España, 1992), *Treinta poemas para leer antes del próximo jueves* (Costa Rica, 2007), *So We lost Paradise/Selected Poems*, (New Zealand, 2013), *Ciudadano discontinuado* (Querétaro, 2013), *Bitácora y otras cuestiones* (Quito, 2014), *Comme une bicyclette à l'aire libre* (Francia, 2014) y *Fragmentos de un cuaderno con vista al mar* (España, 2015).



Confesión de un fotógrafo

Sonrían a la cámara
frente a mí posó la Historia y sus héroes
y vuestras pesadillas
A la grandeza de aquellos opuse yo mi sombra
y tengo a la verdad cogida de la cola tal un lagarto
en manos del captor
He visto yo a Vallejo cabreado de académicos
mirar por la ventana
por si llega el cartero
(la toma de Houdini fue trucada)
He visto al Che Guevara
al exacto momento de cruzarse con Dios
a Salvador Allende con esa banderita
que arrebató a algún niño
al paso de las bandas militares
y tomé a Pinochet la foto del prontuario
esa de pobre gánster
con gafas enmarcado
y en París esa del beso armado a la carrera
(Me estaba mostrando para ti porque todo gesto es verdadero
y por ti construí este imaginario
esa falsa moneda que el fraile comercia con sus fieles)
Sonrían a la cámara
He visto a Carlos Marx borracho junto a Engels
en la gran noche del conocimiento
Es todo cuanto he visto y nada sé de golpes
catástrofes aéreas
desgarros colectivos
Yo fabrico la imagen:
El tiempo al que arranqué ese preciso instante ya no existe.

Bibliotecas

Los cuatro o cinco libros de Pacheco
que alahan mis estantes
entre cientos o millares de inútil poesía
protegen ciertas joyas escondidas
incluso al más sagaz de los lectores
Yo sé cómo ubicarlos
yo conozco el camino
así como a otros textos de Corcuera
de Celan o la versión de *Límites* de Borges

Yo sé cómo llegar a tu costado
y amarte o dormir junto a tus sueños
porque leo en tus gestos esos signos
el silencio que hoy ubico en tu piel
donde nadie sabrá como leerle
o escuchar tus palabras

Alumnas

Me tratan de señor estas mujeres
bromean con mi edad como si nada
ocurriera en la piel cuando es octubre
y ellas abren los ojos y ventanas

Me tratan de señor y se iluminan
las piernas con el sol y la sonrisa
Yo escucho susurrar sobre los años
así una tibia sala en primavera

Ayer no más les digo y ya sonríen
y se extrañan de oír esta mirada
Pues es la misma piel los mismos labios
la misma edad que fluye desde entonces

Inversa es la retórica repito
Lo que es ayer mañana será siempre
este cuerpo mi nombre mi costumbre
de acercarme a sus rostros como a un árbol
cuando germina el año

Mas una brisa aleja los colores
y me tratan de señor
estas mujeres.

Los despechados

Porque ya no nos aman con el furor de antaño
no nos abren el alma están abandonadas
por toda la república se les hielan las piernas
las malignas las náufagas las palurdas las ciegas

Porque ya no nos aman con el furor de antaño
ensuciamos las ropas militando en el vino
nos vamos arrugando como gato en acecho
de una Alicia cualquiera

Porque ya no nos aman porque ya no nos aman
el mundo se despuebla se descapitaliza
las muchachas se duermen marchitando la noche
sin saber que el sol nuestro es más largo en invierno

Porque ya no nos aman el mundo se despuebla
porque ya no nos aman con el furor de antaño.

Fe de ratas

Donde dice amor no debe decir absolutamente nada
basta con las manchas olvidadas por tu lecho
Donde dice libertad léase justicia
léase calor muslo ángel de la guarda
líbrame de las balas locas
Donde dice orden léase hijos de la grandísima
pero léase en la clandestinidad
léase debajo de un crepúsculo
porque el tipógrafo
es un tipo con santos en la Corte.

Poema del extranjero

Este país no es mi país
su historia no respira en mis batallas
escondida entre el humo y sus cadáveres
Más bien mis amigos suelen morir del corazón
pasar inadvertidos sobre los obituarios

Este país no es mi país
sus mitos no me alcanzan en la pantalla chica
ni siquiera el perfil de sus capataces
Nací años después no soy el responsable
de tal o cual barbarie de la infame campaña
ni robé por costumbre en casa del vencido
Mis conquistas son más pequeñas invasiones
asuntos sin cuidado
y pago cuanto puedo pido a crédito
doy fe de mis tarjetas a los acreedores

Este país no es mi país
no me afectan los códigos de la técnica nueva
no entiendo cuanto hablan en los aparcaderos
ni el lenguaje cerril de los supermercados
suelo llorar en los dispensaderos
en los cajeros automáticos
su dinero me causa una nostalgia parecida al dinero
Este país no es mi país
ni su cruz es mi cruz ni su nervio mi máuser



Toda la poesía de Cameron se basa en la ausencia para poder reconstruir en los versos las imágenes que lleva en la memoria ya que vuelca en la página en blanco como una forma de hacer presente lo que no está, para acercarse a lo que él siente lejano. (Patricia Abrigo)

Periodismo y literatura: La palabra se hizo carne

Ponencia presentada por Lupe Cajías en el Foro "Periodismo y literatura" organizado por el Centro Pedagógico Simón Patiño en julio pasado



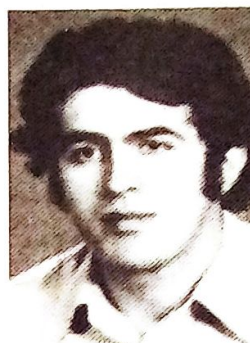
Benjamín Chávez



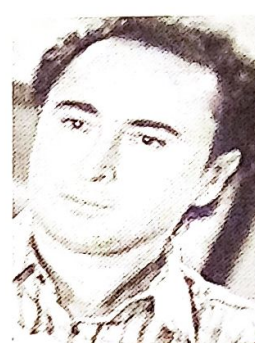
Jesús Urzagasti



Maximiliano Barrientos



René Bascope



Roberto Navia

Quinta y última parte

RENÉ BASCOPE, ASPIAZU (1951 - 1984), pertenece a la nueva generación post 1952 de narradores con influencias del realismo mágico y de las subculturas; fue también novelista, poeta, cuentista y periodista.

Fundó la revista "Trasluz" (1976) junto a los literatos Manuel Vargas, Jaime Nisttahuz y el artista Edgar Arandia. Exiliado en México, trabajó en el periódico "El Día". Fue director del Semanario "Aquí" de La Paz (1980-1984).

Inspirado en su suegro, Mario Guzmán Aspiazu, combinó la inspiración en hechos cotidianos con el escenario de los conventillos o bajos fondos de La Paz con la investigación periodística. Él mismo mantuvo una vida "legal" con una existencia semi clandestina, repartido entre dos casas y dos mundos, como sus propios personajes.

"La Tumba infecunda" (Premio Guttentag 1985) narra la biografía de un benemérito marginal, mientras "La veta blanca" (1982) es una investigación sobre las redes del narcotráfico. Sus (con) vivencias con el mundo de los aparapitas ligaban lo literario con lo periodístico. Fue perseguido por sus reportajes, pero el exilio fue buen pretexto para su literatura.

Otras obras: "Los rostros de la oscuridad" (1988), "Las cuatro estaciones" (2007 (poemas inéditos) los cuentos más famosos: "Ángela desde su propia oscuridad" (1977); "Primer fragmento de noche y otros cuentos" (Premio Franz Tamayo 1977, ed. 1978); "La Noche de los Turcos" (cuentos, 1983); "Niebla y retorno" (Primer Premio Franz Tamayo 1979, ed. 1988); "Cuentos completos y otros relatos" (2004).

RUBÉN VARGAS PORTUGAL (1959-2015) también desarrolló su narrativa a caballo entre la poesía y la literatura y los artículos de prensa como colaborador de la revista "Vuelta" de México (1990-1992) o como editor cultural en "Presencia", "La Prensa" o en el semanario "Pulso" donde editó "La Salamandra" (2001-2004) y hasta

su muerte en el suplemento "Tendencias" de "La Razón". Egresado y docente de la carrera de literatura en la UMSA desde 1987, es uno de los más representativos de la nueva y al parecer inagotable cantera que une literatura con periodismo, la única carrera literaria en Bolivia.

Sus poemarios "Señal del cuerpo" (1986) y "La torre abolida" (2003) son sus más importantes creaciones para la crítica especializada; sin embargo, sus mayores lectores estaban entre los consumidores de periódicos.

Él no solamente realizaba resúmenes de la actividad cultural sino entrevistas y notas de prensa y su estilo en uno u otro campo unía la agilidad del reportero con la búsqueda de la palabra precisa del poeta.

Están también en esa línea Mauricio Souza o Marco Antonio Miranda que estudiaban letras cuando entraron al primer equipo de prensa de "La Razón" en 1990. Sus conocimientos del buen uso del lenguaje y su amplia cultura provocaban polémicas sobre la formación del periodista. Parecía que la Facultad de Humanidades producía mejores cronistas que las muchas carreras de comunicación en todo el país.

LARGA LISTA. Podríamos continuar con una larguísima lista, con nombres ya consagrados como Jesús Urzagasti, Benjamín Chávez, Maximiliano Barrientos, Roberto Navia, el equipo de "La Ramona", de "El Duende", algunos nuevos como Martín Zelaya, Pablo Ortiz.

Como adelantábamos al inicio, solamente queremos subrayar que ese "contar historias" atávico se repite en un eterno retorno en el antiquísimo triángulo de literatura, historia y periodismo.

LA REGIÓN SE ADELANTA

Sin embargo, a diferencia de otros países, en Bolivia no re-conocemos una escuela que podríamos catalogar como "non ficción" o "periodismo literario" o literatos periodistas.

En ese recorrido la región está más adelante. Nombremos sólo el caso de Colombia, donde Gabriel García Márquez es el mayor

ejemplo de periodista literato con obras inseparables entre ambas vertientes y con base en hechos reales a pesar de su fama de "fantástico"; pero no es el único y muchos autores como las premiadas Laura Restrepo o Patricia Lara fueron y son primero reporteras que novelistas.

También está el ejemplo argentino con nombres tan reconocidos como Rodolfo Walsh Tomás Eloy Martínez, a quienes sólo citamos como referencia para no alargar demasiado esta presentación.

LA EXPERIENCIA PERSONAL

En mi propia biografía siempre me situé en el centro de ese espacio. No puedo precisar si primero me gustó la historia porque los relatos de mi padre sobre el colgamiento de Villarroel o él llevando naranjas para los guerreros me parecieron siempre inolvidables y tenaces y aún hoy puedo reproducir sus olores.

O los cuentos de las abuelas llegadas de la selva y de allende el mar que repetían leyendas y más que nada relatos sobre los aparecidos y los susurros sobre los pecados de tal tía o cual vecina.

Y el periodismo que llegaba al comedor de diario siempre lleno de aventuras y sorpresas, no solamente los asuntos de guerrilleros, sino la madrastra que mató a la chiquita o el zapatero extraviado.

Profesional, tuve la precaución de anotar muchos comentarios de protagonistas como los mineros o las barzolas, los falangistas y las parroquianas en miles de fichas que me han servido para mis libros y artículos.

Cuando cubría el retorno a la democracia y vivía la muerte en noviembre de 1979 o el escondite en la Central Obrera en 1980, comprendí la necesidad de pasar del artículo que dura sólo un día y luego sirve para envolver calzados al libro más cuidadoso y escogí la biografía como género hermoso e intenso. Aun así, muchas de las confidencias que conocí mientras esperaba el resultado de un ampliado obrero o en un viaje al congreso minero las guardé para la no ficción. No podía publicarlas pero tampoco quería olvi-

darlas.

Por ello me muevo feliz y agradecida, como incansable caminante, entre la crónica, la biografía y el cuentito, mucho relacionado con los años 40 bolivianos y latinoamericanos porque es ese "cuando" el que más me inspira. Realidad inmediata, personajes de carne y hueso, mas no gusto de textos con citas y mucho menos con pie de página.

Por ello, para mí, elijo contar historias con las herramientas de la literatura, lenguaje ágil y austero, preciso de periodista porque nunca hay suficiente espacio ni suficiente tiempo, pero intento mantener la Unidad, el tiempo narrativo del presente, el acercamiento al lugar a través de las técnicas más sencillas (casi cinematográficas), la técnica de las cuatro líneas y las oraciones sin subordinadas y los párrafos de seis líneas.

CONTAMOS MÁS, SABEMOS MENOS

Para el cierre, solamente un comentario. Actualmente circulan muchas notas, muchos artículos, cuentos, narraciones, facilitados por el uso de las nuevas tecnologías.

Queda sin embargo, la pregunta contamos más pero sabemos menos y la frecuente discusión sobre el lenguaje en los textos cortos que luego se repite en textos largos, donde el valor de la palabra pierde calidad y sentido.

Parece que los egresados de literatura o de carreras de arte pueden ser buenos periodistas en diferentes formatos. Al contrario, los egresados de las carreras de comunicación se alejan paulatinamente de la literatura y no hay nuevos ejemplos entre los reporteros menores de 30 años.

Fin

BARAJA DE TINTA

El descubrimiento del Nuevo Mundo

De Cristóbal Colón al Rey Fernando el Católico - 15 de febrero de 1493

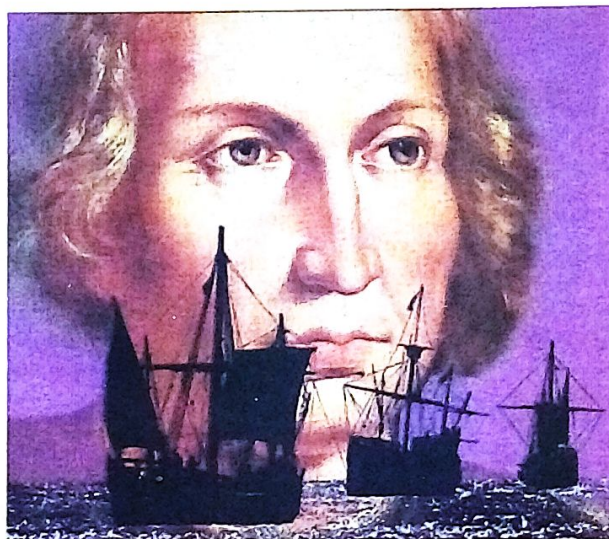
Primera de dos partes

Señor, porque sé que habréis placer de la gran victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje, vos escribo ésta, por la cual sabréis como en 33 días pasé de las islas de Canaria a las Indias con la armada que los ilustrísimos rey y reina nuestros señores me dieron, donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sin número; y de ellas todas he tomado posesión por Sus Altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho.

A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador a conmemoración de Su Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado; los Indios la llaman Guanahani; a la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción; a la tercera Fernandina; a la cuarta la Isabela; a la quinta la isla Juana, y así a cada una, un nombre nuevo.

Cuando llegué a la Juana, seguí la costa de ella al poniente, y la hallé tan grande que pensé que sería tierra firme, la provincia de Catayo. Y como no hallé así villas y lugares en la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales no podía haber habla, porque luego huían todos, andaba yo adelante por el dicho camino, pensando de no errar grandes ciudades o villas; y, al cabo de muchas leguas, visto que no había innovación, y que la costa me llevaba al septentrion, de adonde mi voluntad era contraria, porque el invierno era ya encarnado, y yo tenía propósito de hacer de él al austro, y también el viento me dio adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y volví atrás hasta un señalado puerto, de adonde envié dos hombres por la tierra, para saber si había rey o grandes ciudades. Anduvieron tres jornadas, y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gente sin número, mas no cosa de regimiento; por lo cual se volvieron.

Yo entendí harto de otros Indios, que ya tenía tomados, como continuamente esta tierra era isla, y así seguí la costa de ella al oriente ciento y siete leguas hasta donde hacía fin. Del cual cabo vi otra isla al oriente, distante de esta diez y ocho leguas, a la cual luego puse nombre la Española y fui



allí, y seguí la parte del septentrion, así como de la Juana al oriente, 188 grandes leguas por línea recta; la cual y todas las otras son fertilísimas en demasiado grado, y esta en extremo. En ella hay muchos puertos en la costa de la mar, sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y hartos ríos y buenos y grandes, que es maravilla. Las tierras de ella son altas, y en ella muy muchas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de Tenerife; todas hermosísimas, de mil fechoras, y todas andables, y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parece que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja, según lo puedo comprender; que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España, y de ellos estaban floridos, de ellos con fruto, y de ellos en otro término, según es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba.

Hay palmas de seis o ocho maneras, que es admiración verlas, por la deformidad hermosa de ellas, mas así como los otros árboles y frutos e hierbas. En ella hay pinares a maravilla y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras de aves, y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales, y hay

gente en estimable número. La Española es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas, y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes, y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos e hierbas hay grandes diferencias de aquellas de la Juana. En esta hay muchas especierías y grandes minas de oro y de otros metales. La gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan en un solo lugar con una hoja de hierba o una cofia de algodón que para ellos hacen.

Ellos no tienen hierro, ni acero, ni armas, ni son para ello, no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temeroso a maravilla. No tienen otras armas salvo las armas de las cañas, cuando están con la simiente, a la cual ponen al cabo un palillo agudo; y no osan usar de aquellas; que muchas veces me ha acaecido enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa, para haber habla, y salir a ellos de ellos sin número; y después que

los vefan llegar huían, a no aguardar padre a hijo; y esto no porque a ninguno se haya hecho mal, antes, a todo cabo adonde yo haya estado y podido haber fabla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Verdad es que, después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese.

Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes, convidan la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los corazones, y, quieren sea cosa de valor, quien sea de poco precio, luego por cualquiera cosica, de cualquiera manera que sea que se le dé, por ello se van contentos. Yo defendí que no se les diesen cosas tan civiles como pedazos de escudillas rotas, y pedazos de vidrio roto, y cabos de agujetas aunque, cuando ellos esto podían llegar, les parecía haber la mejor joya del mundo; que se acertó haber un marinero, por una agujeta, de oro peso de dos castellanos y medio; y otros, de otras cosas que muy menos valían, mucho más; ya por blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arroba o dos de algodón filado.

Hasta los pedazos de los arcos rotos, de las pipas tomaban, y daban lo que tenían como bestias; así que me pareció mal, y yo lo defendí, y daba yo graciosas mil cosas buenas, que yo llevaba, porque tomen amor, y allende de esto se hagan cristianos, y se inclinen al amor y servicio de Sus Altezas y de toda la nación castellana, y procuren de ayuntar y nos dar de las cosas que tienen en abundancia, que nos son necesarias. Y no conocían ninguna seta ni idolatría salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo, y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y en tal catamiento me recibían en todo cabo, después de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, y salvo de muy sutil ingenio y hombres que navegan todas aquellas mares, que es maravilla la buena cuenta que ellos dan que de todo; salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos.

Continuará

Fuente: "Cartas para comprender la historia de Bolivia" compilada por Mariano Baptista Gumucio